

cargas cerradas y los estampidos del cañoneo; las ruinas que se desploman y los combatientes que sobre aquel terremoto se levantan; las quejas del herido y el estertor del moribundo; los muertos sembrados en las calles y los infames que se lanzan sobre ellos á despojarlos hasta de sus vestiduras, como los cuervos en los campos de batalla; las casas violadas por unos y otros convertidas en lugares de combate, donde se asesinan cuerpo á cuerpo en medio del terror de las familias; los pobres fugitivos buscando en vano un auxilio contra la general matanza, como los náufragos en el diluvio; los degüellos bajo las bóvedas de las iglesias y al pie de los altares; los odios batallando en la mansión de los muertos, siempre respetada de los vivos; el fusilamiento de las mujeres y el fusilamiento de los niños; las víctimas de las cóleras de unos y otros, ó tendidas en el suelo, después de profanadas, escupidas, disyectas ó colgadas á los hierros de los balcones; aquí y allá, en todas las grandes arterias, en todos los sitios principales, los gigantes edificios y los interminables muros de las viviendas vacilando como barcos en la tormenta, bajo la lluvia espesísima de la metralla; los obuses, los morteros, las ametralladoras, todas las máquinas de la artillería vomitando la destrucción; los techos que se desploman con estrépito sobre las bombas que revientan en mil pedazos; el aliento abrasador de los cien volcanes abiertos en los puntos más importantes de aquella habibónica capital; el insufrible hedor de los mares de petróleo en combustión; las ardientes lavas corriendo por el suelo y las espesas nubes de humo velando el sol y cubriendo los espacios; las llamas, ora en conos, ora en espirales, que despiden de su seno ya negras pavesas, semejantes á tristes y agoreras aves, ó ya chispas gigantescas, fragmentos candentes, aerolitos, espesa lluvia de fuego; el río cargado de cadáveres y enrojado por el incendio como si fuera un río de plomo fundido, mezclado con sangre humana; algo que no ha dicho, que no ha contado jamás en los días más tristes de la Historia y en las más espantables visiones de los profetas ningún apocalipsis. ¡Oh! Ante esta gran catástrofe no nos detengamos en los instrumentos, no hablemos de las causas segundas; la Historia y la conciencia nos demandan subir más arriba, subir á las causas primeras para encontrar allí el origen de esta memorable tragedia, y hoy, después de haber estudiado con calma las piezas principales de este proceso, repito lo mismo que dije, al pie de la letra lo mismo, recientes aquellas ruinas, entre el humo de aquellos combates, á las Cortes de la revolución de Septiembre, con el asentimiento general de todos los diputados, que veían, como yo, el único culpado de aquellas infamias, el único reo de aquellos crímenes, el único autor de aquellas catástrofes en el cesarismo y sus secuaces. ¡Cómo! Despojo de la República; golpes de Estado, obra de una turba de Maquiavelos liliputienses y otra turba de pretorianos ebrios; veinte años de inmoralidad arriba, de servidumbre abajo; los escándalos del imperio romano reproducidos; las peores pasiones del pueblo atizadas; proscripito el pensamiento sin escrúpulo; erigida la dictadura sin freno; decadencia en Europa;

deshonra en América; guerra, sin pretexto ni preparación, en que triunfaba el partido militar de la reciente libertad; ocho batallas perdidas en un mes; la leyenda bonapartista desprestigiada; el César entregado sin honor; Waterlón reproducido sin gloria; los esfuerzos dantonianos de Gambetta contrastados por la fatalidad; la traición del dos de Diciembre sobreviviendo al imperio de los muros de Metz; París caído; el caballo del Pruth relinchando bajo los arcos de triunfo á las orillas del Sena; la República después de su triunfo nuevamente amenazada, y la sombra del feudalismo rural y de la Monarquía nuevamente extendida sobre la Asamblea de Burdeos; dos provincias desmembradas del suelo nacional; cinco mil millones de rescate prometidos; la ocupación extranjera aceptada, y vosotros, liberales, vosotros atribuí á la libertad esta serie de catástrofes; castigo grande, sí, aunque no tan grande como la culpa de la generación proterva que desconoció la austera virtud de la libertad, y alargó dócilmente el cuello á la coyunda infame y vil del cesarismo.

Esta página de la Historia contemporánea parece una página de la revolución francesa, con sus comunidades revolucionarias; sus torvos y siniestros conspiradores; sus misteriosas conjuras; sus dictadores terribles; la improvisación de un poder creyendo que á todo puede aspirar por arrogarse una representación plebeya; los golpes súbitos conmoviendo desde la base hasta la cumbre del Estado; la sociedad entera malherida en sus entrañas; el torrente desbordado de las pasiones demagógicas; el rayo celeste caído sobre las frentes más altas; el advenimiento de seres incalificables entre las especies de nuestra Historia natural política; los combates en las calles; los ciudadanos hechos legiones militares; las muestras de una demencia colectiva; los asesinatos en masa; las persecuciones, parecidas á ojeos y cacerías; el genio de la destrucción batiendo sus alas de ave nocturna sobre todo y sobre todos; los incendios elevados á la grandiosidad de los volcanes; el arroyo de las aceras hecho río del infierno; un Apocalipsis en que los cielos se pliegan como pergaminos puestos al fuego, y las instituciones seculares y titánicas, tomadas por bases del planeta, se desvanecen, como cenizas aventadas á los cuatro puntos cardinales del aire. Pero, por estas crisis hay que pasar para cumplir la divina ley del progreso. Un despotismo insufrible ya para los pueblos, el despotismo de los Reyes, al advenimiento de la revolución, había podrido aquella sociedad. Y á esta podredumbre la sociedad misma le aplicó un cauterio. Y este cauterio quemó así las carnes sanas como las carnes podridas. Se pareció á esas calamidades y plagas del universo material, que así azotan al inocente como al culpado, que así castigan al malo como al bueno. El genio bíblico expresó esto en profundas sentencias inmortales. Nuestros padres pecaron, exclama el Profeta, y ya no son; pero nosotros llevamos sobre las espaldas el peso de sus iniquidades. Comieron, exclama en otra parte, nuestros progenitores agraces, y tuvimos nosotros dentera. No es la primera vez que pagan justos por pecadores en los días tremendos de la His-

ría. Yo no justifico el hecho, no me atrevo á explicarlo siquiera, pero lo consigno. Ante la catástrofe que vemos, una dinastía en deshecho naufragia, un trono en pedazos, un Palacio en llamas, un pueblo en matanzas, un delirio colectivo apoderado de la conciencia pública, bien podemos decir cómo esta vez, por nosotros historiada, no aparece, no, en los humanos anales como la vez única, en que trae tantos males el despotismo, y los males del castigo al despotismo exceden por el pronto al bien y al provecho de su remedio. Así pasó con el imperio romano, exactamente lo que pasa en sus últimos tiempos y en sus últimos días con el viejo absolutismo regio. El hombre busca en toda su vida y en toda su historia, con grande perseverantísimo afán, el aire y luz de su alma. ¿Dónde está el aire que anima la vida, y dónde está, dónde, la luz que ilumina el espíritu? Aplicad el oído á la tierra donde tristemente duermen las cenizas de los que fueron, y oiréis los ecos del inmenso ruido de un ejército que sube, y sube con grandiosos esfuerzos; contemplad los sacrificios, los holocaustos, y veréis sobre las llamas el resplandor de una estrella; ved los grandes pensadores que han traído nuevas ideas á la vida, y observaréis una lengua de fuego sobre sus frentes, notad el movimiento de todos los espíritus en esa perdurable ascensión, como una gran marea de pensamientos y de aspiraciones que crece cual si quisiera tocar los cielos desde los abismos de la tierra; y es el deseo continuo é incesante de la humanidad para alcanzar esa facultad grandiosa, por la cual tiene la actividad humana algo de la actividad divina, y sin la que el trabajo sería como el instinto del bruto y como la fuerza de la máquina; el arte como el rumor de los elementos, como la copia servil de la naturaleza; el amor como el ajuntamiento de las fieras en sus cavernas, ó como la fría cohesión de los átomos en los cuerpos; la ciencia como la llama que se pierde y se disipa en los aires; la justicia como una gran iniquidad; la ley moral como una pesada cadena; esa facultad por la cual el hombre causa su propia vida y es responsable de sus acciones: la libertad, sí, la santa libertad, que tiranías, hogueras, ejércitos, castas, nos han quitado, pero que hemos ido buscando anhelantes por toda la historia, dándole los tesoros más puros de nuestra sangre, el sudor más copioso de nuestra frente, la vida más cara de la humanidad, y que ya tocamos con nuestras manos, como la corona luminosa que ha de hacer definitivamente de nuestra especie la soberana del universo. La antigüedad, sólo había comprendido la libertad en el estado, la libertad en las castas, la libertad en las clases; pero nunca, nunca había comprendido la libertad en el individuo, la libertad en el hombre; la libertad, no como un derecho social, sino como un derecho de la naturaleza humana que es la verdadera concepción de la libertad. El hombre es un sér de armonía, espíritu y naturaleza. Y así como en la antigüedad sólo se comprendió á sí mismo como naturaleza, en la Edad Media sólo se comprendió á sí mismo como espíritu. Y en la esfera política sucede lo mismo. En la esfera política el hombre es una antinomia, es á un mismo tiempo individual y social. La antigüedad, desde los Imperios de Oriente hasta el Impe-

rio romano, sólo comprendió el hombre social. De aquí nació aquella grande fuerza que mataba toda la idea de individualidad. Los tiempos medioevales, al revés, apenas comprendían la sociedad. De aquí nació el individualismo salvaje, en que se alzaba el castillo feudal. Pero justo es decirlo, esta idea de la individualidad humana fué como la raíz de la verdadera libertad. La idea de la libertad arranca de la idea de personalidad. La idea de personalidad viene á la historia, viene á la vida con la venida de los pueblos germánicos. Admiramos, cómo siempre que se siente una gran necesidad social le sigue una gran revolución que viene á satisfacerla. ¡Grandísima enseñanza la enseñanza de la Historia, más grande aún que la enseñanza de la naturaleza; más ocasionada á llevar el espíritu á sublimes pensamientos! Cuando en el gran templo de la naturaleza vemos el sol que se sumerge en el ocaso saludado por la última plegaria de todos los séres; cuando las primeras estrellas aparecen como miradas de ángeles que nos buscan en la tierra; cuando en los días primaverales una voluptuosidad infinita embriaga los campos, y la savia late en los troncos; y la primera hoja brota en las yemas de los árboles, y las campanillas levantan sus cálices llenas de miel entre la yerba, y las mariposas vuelan como las ilusiones de aquel amor universal; cuando en la inmensidad del mar la quilla de nuestra nave rompe las olas que hierven, y la leve lona recoge el viento que brama, y á nuestros pies vemos las estelas, y las espumas, y los animales embrionarios y fosfóricos que brillan como mundos en las gotas de agua, y sobre nuestra frente el coeleste abismo de lo infinito, ese otro abismo que llevamos en nuestro pecho, y que se llama corazón, nos habla, con la elocuencia de sus sentimientos, de Dios, como de toda vida; pero, cuando recorremos los anales, cuando consideramos que donde cae un pueblo se levanta otro, que la muerte, la pútrida muerte, cuya presencia tanto nos aterra, es también un principio de perfección, pues del sepulcro donde se pierden las civilizaciones nacen otras nuevas, y en el ocaso donde se apagan unas ideas brotan otras, siendo la destrucción de pueblos y de instituciones la prenda de la inmortalidad de toda la especie humana, no podemos menos de alabar á Dios y de reconocerle como eterno guía que dirige y esclarece y vivifica toda la Historia.

¡Mas cuán terribles las enseñanzas providenciales contenidas en los magnos hechos de la Humanidad! Como los revolucionarios fueron en cerrada columna sobre la Realeza tradicional, fueron los bárbaros sobre el viejo imperio romano. La venida de los bárbaros traía gran variedad á la Historia. Durante todo el período de la antigüedad sólo habían dominado los pueblos de la Europa-Sur con su carácter socialista y artístico. Para hermosear la vida se necesitaba más variedad, y vinieron los pueblos bárbaros á traer su carácter individualista y guerrero. En todo el norte del Imperio romano se extendía, envuelto entre nieblas, ignorado territorio, llanura inmensa, variada de vez en cuando por bosques seculares, en cuyas ramas se había enjugado el diluvio su cana cabellera de espumas, bos-

ques llenos de rumores y de misterios, cuyos árboles oscurísimos y poblados de aves nocturnas, iban á perderse en las faldas de montañas coronadas por éternas urnas de hielo; y entre estas montañas que arrancaban del Polo, y las ondas del oscuro mar Océano, y las verdes riberas del Rhin, y las pantanosas del Danubio, habitaba inmenso enjambre de pueblos; las avanzadas en los Alpes; las vanguardias en los ríos que las dividían del Imperio, sobre los cuales pasaban en la estación de invierno, merced á la congelación de las aguas; el núcleo en la llanura; la retaguardia allá en la Escandinavia; los restos rezagados en el Pouto Euxino, y en los desiertos tártaros, encerrados en cabañas, con el carro de guerra uncido á caballos salvajes en la puerta, las lanzas en la mano, el escudo á la espalda, el odio en los ojos, la sed de sangre en el pecho, unidos por su espíritu de destrucción, que era como un huracán encerrado en su cerebro, huracán que los arrastraba hacia Occidente; hijos de las tinieblas, cuya tierra sólo producía hierro para forjar espadas, encinas para cortar chuzos; adoradores de dioses, cuyo placer era la matanza, cuyo holocausto el suicidio; que tenían por aras hogueras donde ardían cuerpos humanos; que sólo aceptaban las libaciones hechas en cráneos y no en copas, con sangre caliente y no con vino; poseídos del furor de la guerra como de una inspiración santa; engendrados en los combates sobre las pieles y los huesos de los enemigos; antes tocados por el cuchillo de la caza que por el beso de los labios maternales; y que, precedidos de cuervos, acompañados de brujas, las cuales, sonaban en los aires y en las nubes los atambores salvajes para excitarlos á la matanza, seguidos de lobos ambrientos, iban sin saber por qué, ni para qué, donde quiera que sentían gritos de heridos, rumores de batallas, olor de cadáveres, vapores de sangre, empujándose unos á otros como se empujan las olas en una tormenta y componiendo todos en uno la condensación en negra nube de la cólera celeste que los precipitaba á destruir el mundo. Italia había cometido un gran crimen que debía purgar en la implacable justicia de la Historia. Su derecho, que había transformado las familias, dulcificado la autoridad del padre, ennoblecido la mujer, no pudo curar la llaga cancerosa del ciego mundo, no pudo curar la esclavitud mientras Italia se entrega á sus orgías y apura hasta las heces las copas de los festines, liba los besos de todos los placeres juntos, envía á sus soldados á que le cacen esclavos en las orillas del Rhin y del Danubio, en las montañas de Tracia, y de Beocia, y los arrancan á la patria, á la libertad, al hogar, á los brazos queridos de la familia, los sepultan en aquellos abismos de las ergástulas, donde no penetran ni el aire, ni la luz, ni un sentimiento de humanidad y compasión, les arrojan los despojos de sus perros de caza para entretener su eterna hambre, los alancean y les clavan botones de hierro candente para enfurecerlos, y los llevan al circo, donde el amigo se ve obligado á herir al amigo, donde el hermano atraviesa el vientre á su hermano, donde caen los heridos, escuchando, entre el estertor de la agonía y los acerbos dolores de sus últimos instantes, las carcajadas del pueblo y los ecos de las alegres sinfonías, hasta que sin ver

siquiera si han muerto, los arrojan al espoliario y forman un inmenso montón de carne humana, donde muchas veces el frío de la noche despierta á algunos infelices que se incorporan sobre los vientres deshechos, las tripas rotas, la sangre coagulada, el extertor de los moribundos y el extridente ruido de los perros y los lobos hambrientos venidos allí á hartarse, y llevándose una mano á su pecho herido maldicen á Roma, y caen; maldiciones que se cumplen, que se condensan como una gran tempestad, como una gran nube sobre la Ciudad Eterna; nube que se abre un día arrojando de su seno los bárbaros, quienes llegan á cumplir la cruenta, pero justísima venganza de sus progenitores, los esclavos. Roma desde el principio del imperio, con esa mirada escudriñadora de la Sibila que penetra en lo porvenir, comprendió lo que iban á ser los bárbaros en su vida. Tácito los retrataba como un ejemplo y un remordimiento para la Ciudad Eterna, que podía comparar su cancerosa servidumbre con la nativa independencia de los bárbaros en sus bosques. Lucano veía, después de pintar la rota de Pharsalia, la libertad que exhalara en Catón su último suspiro, huyendo á refugiarse allende del Rhin. César, dotado de ese genio que es como la condensación del espíritu humano en la conciencia de un hombre, preveía cuán mortales enemigos iba á tener Roma en aquellos pueblos salvajes y pugnaba por encerrarlos dentro del imperio, queriendo, en un paseo casi fabuloso que ideaba por Asia, cortarles la retaguardia y separar la Germania y la Escandinavia del gran semillero de razas. Tenía razón para temblar César, porque los bárbaros habían vencido con él á los caballeros romanos en los campos de Pharsalia. Bandos de germanos se sentaron durante todo el Imperio en el suelo romano. Los cetes eran soldados bárbaros á sueldo de Roma. Roma necesitaba aún en la época floreciente del Imperio más de los bárbaros que los bárbaros de Roma. Así es, que si queréis, durante el Imperio, durante la época en que la vida de Roma es más uniforme, si queréis calificar con una fórmula su idea interior, no podréis, os hallaréis perplejos; pero con una sola palabra podéis calificar su idea exterior. Cada emperador lleva en su frente un reflejo de las ideas encerradas en aquel horno que se llama Roma; César, el genio humanitario; Augusto, el espíritu político y administrativo; el feroz Tiberio, el terror; el demente Calígula, la embriaguez del despotismo; el imbécil Claudio, el dominio de las mujeres y de los libertos; el hermoso Nerón, la sensualidad epicúrea; Galba, Othon, Vitelio, el desenfreno militar; el misántropo Vespasiano, con sus dos hijos, los delirios del genio de Oriente; los Antoninos, ó, mejor dicho, los grandes emperadores, desde Nerva hasta Marco Aurelio, la idea del derecho animada por la idea estóica; el desgraciado Pertinax, la venta en pública almoneda de la reina de las naciones; el bárbaro Cómodo, la transformación del Circo en Senado y de los gladiadores en reyes; Septimio Severo, la lucha del patriciado con el pueblo y del pueblo con la guardia pretoriana; Hiliogábalo, el deleite delirante, frenético, de una sociedad voluptuosa; Alejandro Severo, la debilidad y la estupidez que sigue siempre á las orgías;